

# Mujer, fijas la ley de



José Lezama Lima junto a las mujeres de su infancia. De izquierda a derecha: Eloísa (su hermana menor), Rosa (su madre), Rosita (su otra hermana) y Baldomera (su nodriza). La foto fue tomada en la década de 1960 por Chinolope.



# todos los días

LA CONSIDERACIÓN Y TERNURA DE JOSÉ LEZAMA LIMA HACIA LA MUJER DEVIENE GRATITUD Y PROFUNDO RECONOCIMIENTO.

AL SUBRAYAR ESTA FACETA DEL AUTOR DE *PARADISO*, EL PRESENTE ENSAYO PROPONE UN ATAJO EXPEDITO PARA PENETRAR EN SU NOVELA Y, POR EXTENSIÓN, EN TODA LA OBRA DE QUIEN CONMEMORAMOS, EN 2010, EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

por YAMILÉ LIMONTA JÚSTIZ



La amistad fue para José Lezama Lima disfrute y valioso estímulo. Ella animó el surgimiento de la revista *Orígenes* y de otras publicaciones anteriores fundadas por el escritor, aun cuando a veces la amistad se tornara «laberíntica, hecha de avances y retrocesos».<sup>1</sup> En el *Álbum de los amigos*, celosamente guardado por el poeta, personas de gran renombre expresaron admiración y afecto hacia él. Junto a ellas compartió Lezama celebraciones, tertulias, intensas pláticas. A su vez, prodigó muestras de simpatía en sinceros versos, como aquellos que componen *Primera glorieta de la amistad* y *Décimas de la querencia*.

En diversas anécdotas relacionadas con el escritor sobresale su trato amable y generoso con las mujeres. A varias dedicó refinados poemas y tiernas dedicatorias: Fina y Bella García Marruz, Cleve Solís, Lydia Cabrera, María Zambrano... La consideración y ternura de Lezama hacia la mujer deviene gratitud y profundo reconocimiento. Su obra *Paradiso* así lo confirma, al presentar una elocuente muestra de significativas mujeres. El propio escritor aclaró que algunos personajes femeninos de la novela provienen de la realidad y son perfectamente reconocibles: «En la señora Rialta hay mucho de mi madre, y en la novela están también mi abuela, mi tía Leticia y muchos personajes menores que conocí o traté».<sup>2</sup>

Por ende, la obra, sin llegar a ser un texto que abarque las memorias de José Lezama Lima, parte de su realidad más inmediata. La biografía del escritor aparece enlazada a la trayectoria de un joven que busca el conocimiento universal. José Cemí, *alter ego* del poeta, vence diferentes etapas hasta llegar al encuentro de la poesía, al mundo de la imagen.

*La mano de Baldovina separó los tules de la entrada del mosquitero.*<sup>3</sup> Al conjuro de esta frase comienza *Paradiso*. Una mujer introduce al lector en la gran aventura que significa leer esta obra. Desde el primer capítulo, ella se muestra desesperada por el estado de salud del niño José Cemí, aquejado de un ataque de asma. Aterrada y llorosa, logra auxiliar al pequeño, acompañada de Truni y Zoar, sirvientes de la casa. Los padres están ausentes; angustiada, Baldovina aplica un remedio casero y hace una especie de exorcismo para contrarrestar la enfermedad. La escena, de marcada agitación, revela un sentido místico:

*Baldovina, descarnada, seca, llorosa, parecía una disciplinante del siglo XVI. El torso anchuroso de Zoar, lucía como un escaparate de tres lunas y parecía el de otro animal de tamaño mayor, situado como una caja entre las piernas y los brazos. Truni, Trinidad, precisaba con su patronímico el ritual y los oficios. Sí, Zoar parecía como el Padre, Baldovina como la hija y la Truni como el Espíritu Santo. Baldovina, como una acólita*

*endemoniada, ofrecía para el trance su reducida cara de tití peruano, sudaba y repicaba, escaleras arriba y abajo, parecía que entraban en sus oídos incessantes órdenes que le comunicaban el movimiento perpetuo.*

*Los tres disparaban sus lentas y aglobadas miradas sobre el garzón, aunque no se miraban entre sí para no mostrar descarnadamente sus inutilidades. Sin embargo, los tres iban a ofrecer soluciones ancestrales, lanzándose hasta lo último para evitar el jadeo y las ronchas.<sup>4</sup>*

Cada uno de los personajes hará lo que esté a su alcance para salvar al niño. La enfermedad causada por un espíritu maléfico debe ser expulsada inmediatamente del interior del cuerpo. El bien tiene que imponerse, y en el poder de Dios se centra entonces la eficacia de la función curativa. Conjuros, ensalmos y determinadas acciones que forman parte de la religiosidad popular matizan la ceremonia, en la que el niño renace. Finalmente, el temor de Baldovina es disipado luego de la orinada pantagruélica de Cemí y el estado de somnolencia en que éste cae. Ella manifestará su alegría al percutir en el extremo de la cama, pues recordó *que en su aldea había sido tamboritera*,<sup>5</sup> y se sumerge también en un profundo sueño.

Baldovina nos resulta simpática, tierna. El personaje está inspirado en Baldomera Mazo Anton, señora que acompañara a la familia Lezama Lima desde 1910 y fuera la nodriza del poeta. Sus orígenes se inscriben en Cerezal de Aliste, provincia de Zamora, en Castilla y León. Forma parte de la oleada de emigrantes hispánicos llegados a Cuba, y la distancia hace surgir en ella vívidos recuerdos de su terruño natal. Recuerda el cargo asumido en las romerías de su aldea castellana: *con dos amigas percutía en unos grandes tambores*.<sup>6</sup>

Baldomera ejemplifica la integración del emigrado a la sociedad cubana, y diríamos más, a la familia cubana.



Lezama Lima visitaba regularmente a Baldomera Mazo Anton en el Hogar de Ancianos Santovenia, en el Cerro. La foto fue tomada en la década de 1970.

Esta mujer, inquieta y conversadora, pasa sus últimos días en el asilo de Santovenia, adonde el escritor acudía a visitarla regularmente. Ella fallece el 17 de diciembre de 1979. Lezama sintió un gran apego hacia su nodriza. En la novela, el Coronel reconoce, refiriéndose a su hijo: *Si no es con Baldovina a su lado* [entiéndase Baldomera] *no se puede quedar dormido*.<sup>7</sup> Ella vigila todo el tiempo el sueño del pequeño, lo cuida y socorre en la madrugada con oportunos jarabes para el asma. Le relata cuentos incansablemente.

Leyendas, fábulas, versos, refranes... conforman la rica literatura popular castellana de tradición oral. Baldomera, convertida en la Baldovina de *Paradiso*, fue portadora de ese amplio potencial creativo y ejerció una marcada influencia en el escritor cubano, quien así lo hizo constar: «fue una preconciencia parlante, consejera, que sólo veía peligros inmediatos o peligro en salmuera. Su principal preocupación era mi pecho. Su dedo tocando mi costillar fue una primera forma de identidad. Si tengo pecho luego tengo costillas y cosquillas, luego soy un vertebrado risueño. Y junto con los miedos, ella me lanzaba dentro, con voz algo estrujada y parpadeos herrumbrosos, un concepto desmesurado y amenazante del mundo. Aunque en ese mundo suyo, los peligros al fin eran superados, conjurados, malogrados y se imponía un colofón alcanforado, una poltrona ennubecida. Sus palabras de consolación eran equivalentes a los ungüentos y bálsamos que untaba a mi pecho. En algún instante de aquellas charlas crepusculares, Baldomera deslizaba verbos o palabras insólitas, que luego con el tiempo sorpresivamente iba encontrando en Góngora, en Quevedo, en Lope de Vega, en Cervantes».<sup>8</sup>

Baldomera sigue junto a la familia del futuro escritor cuando ésta se traslada de Prado a Trocadero. Atendía los quehaceres domésticos y, en incontables ocasiones, recibió a las personalidades del ámbito de la cultura que visitaban al autor de *Paradiso*, así como a noveles creadores, estos últimos ante el reclamo de Lezama: «Si es un joven poeta, déjalo pasar».<sup>9</sup>

Entre las mujeres que influyen en la vida de Lezama hay que reservar un sitio privilegiado a su madre, personificada sabiamente en Rialta, sonoro nombre que hace referencia a uno de los puentes que cruzan el Gran Canal de la ciudad italiana de Venecia. Y es que Rialta es precisamente eso: un puente de unión entre el mundo cerrado de la familia y el mundo externo que pronto conocerá Cemí a través de la amistad. Representa amparo, protección, imprescindible refugio del joven poeta.

Un acontecimiento de cuando era estudiante de Derecho en la Universidad de La Habana deja profundas impresiones en Lezama. Se trata de la manifestación estudiantil del 30 de septiembre de 1930 contra el régimen machadista, en la que él participó enérgicamente. Entonces fue herido de gravedad Pablo de la Torriente





Lezama Lima y su madre, Rosa Lima Rosado, en la vivienda de Trocadero 162, en 1960.

Brau, y muere Rafael Trejo. Esta experiencia personal es llevada al *corpus* narrativo de la novela. José Cemí se une a la manifestación, como mismo lo hiciera el escritor en aquella fecha memorable. Sobre ese suceso dijo Lezama en determinada ocasión: «Ningún honor yo prefiero al que me gané en la mañana del 30 de septiembre de 1930».<sup>10</sup>

Su capacidad imaginativa logra relacionar esta vuelta con otra ocurrida en 1925, en la que no tomó parte, aunque sí presencié cómo Julio Antonio Mella, líder estudiantil, encabezaba la protesta. En *Paradiso* visualizamos, fundidas, ambas marchas y la participación de José Cemí, a la vez que conocemos de la inquietud y desesperación de Rialta, quien aguarda en la casa por su hijo. A su llegada al hogar, asistimos a uno de los parlamentos más tiernos y concluyentes de la novela:

*Mientras esperaba tu regreso, pensaba en tu padre y pensaba en ti, rezaba el rosario y me decía: ¿Qué le diré a mi hijo cuando regrese de ese peligro? (...) Óyeme lo que te voy a decir: No rehúses el peligro, pero intenta siempre lo más difícil. Hay el peligro que enfrentamos como una sustitución, hay también el peligro que intentan los enfermos, ese es el peligro que no engendra ningún nacimiento en nosotros, el peligro sin epifanía. Pero cuando el hombre, a través de sus días, ha intentado lo más difícil, sabe que ha vivido en peligro, aunque su existencia haya sido silenciosa,*

## La madre

*Vi de nuevo el rostro de mi madre.  
Era una noche que parecía haber escindido  
la noche del sueño.  
La noche avanzaba o se detenía,  
cuchilla que cercena o soplo huracanado,  
pero el sueño no caminaba hacia su noche.  
Sentía que todo pesaba hacia arriba,  
allí hablabas, susurrabas casi,  
para los oídos de un cangrejito,  
ya sé, lo sé porque vi su sonrisa  
que quería llegar  
regalándome ese animalito,  
para verlo caminar con gracia  
o profundizarlo en una harina caliente.  
La mazorca madura como un diente de niño,  
en una gaveta con hormigas plateadas.  
El símil de la gaveta como una culebra,  
la del tamaño de un brazo, la que viruta  
la lengua en su extensión doblada, la de los relojes  
viejos, la temible  
y risible gaveta parlante.  
Recorría los filos de la puerta,  
para empezar a sentir, tapándome los ojos,  
aunque lentamente me inmovilizaba,  
que la parte restante pesaba más,  
con la ligereza del peso de la lluvia  
o las persianas del arpa.  
En el patio asistían  
la luna completa y los otros meteoros convidados.  
Propicio era y mágico el itinerario de su costumbre.  
Miraba la puerta,  
pero el resto del cuerpo permanecía en lo restado,  
como alguien que comienza a hablar,  
que vuelve a reírse,  
pero como se pasea entre la puerta  
y lo otro restante,  
parece que se ha ido, pero entonces vuelve.  
Lo restante es Dios tal vez,  
menos yo tal vez,  
tal vez el raspado solar  
y en él a horcajadas el yo tal vez.  
A mi lado el otro cuerpo,  
al respirar, mantenía la visión  
pegada a la roca de la vaciedad esférica.  
Se fue reduciendo  
a un metal volante con los bordes  
asaltados por la brevedad de las llamas,  
a la evaporación de una pequeña  
taza de café matinal,  
a un cabello.*

Mayo y 1971

\*Todos los poemas seleccionados aparecen publicados en *Fragmentos a su imán* (1977).

*aunque la sucesión de su oleaje haya sido manso, sabe que ese día que le ha sido asignado para su transfigurarse, verá, no los peces dentro del fluir, lunarejos en la movilidad, sino los peces en la canasta estelar de la eternidad (...) La muerte de tu padre, pudo atolondrarme y destruirme, en el sentido de que me quedé sin respuesta para el resto de mi vida, pero yo sabía que no me enfermaría, porque siempre conocí que un hecho de esa totalidad engendraría un oscuro que tendría que ser aclarado en la transfiguración que exhala la costumbre de intentar lo más difícil (...) También yo intenté lo más difícil, desaparecer, vivir tan sólo en el hecho potencial de la vida de mis hijos. A mí ese hecho, como te decía, de la muerte de tu padre me dejó sin respuesta, pero siempre he soñado, y esa ensoñación será siempre la raíz de mi vivir, que ésa sería la causa profunda de tu testimonio, de tu dificultad intentada como transfiguración, de tu respuesta. Algunos impostores pensarán que yo nunca dije estas palabras, que tú las has inventado, pero cuando tú des la respuesta por el testimonio, tú y yo sabremos que sí las dije y que las diré mientras viva y que tú seguirás diciendo después que me haya muerto (...)*<sup>11</sup>

Rialta alerta al hijo sobre los peligros del mundo exterior, pero no se interpone, lo orienta y le advierte. Estas palabras son las *más hermosas que Cemí oyó en su vida, después de las que leyó en los evangelios, y que nunca oírás otras que lo pongan tan decididamente en marcha.*<sup>12</sup>

La muerte del teniente coronel de artillería e ingeniero civil José María Lezama y Rodda resultó para todos los suyos un duro golpe. El padre del poeta muere el 19 de enero de 1919 a causa de la influenza cuando realizaba ejercicios de entrenamiento en Fort Barrancas, La Florida. Su carrera se hallaba en pleno ascenso. A principios de 1917 había recibido órdenes de ir a Camagüey para sofocar una sublevación del Partido Liberal. Como reconocimiento al valor demostrado, fue promovido a teniente coronel por el gobierno de Mario García Menocal y enviado a los Estados Unidos, donde fallece al contraer la «epidemia del siglo».

Rosa rendirá desde entonces permanente culto al esposo dentro de la familia; nunca más volverá a casarse. Años después, Lezama relataría que, en cierta ocasión, cuando era un niño y jugaba a los yaquis junto a su madre y hermanas, vieron cómo las crucetas diseñaron la imagen inconfundible del padre. De las losas del patio emergió la figura del Coronel, ataviado con su uniforme militar; por un instante volvió de la lejanía para juntarse con los suyos.

El autor cuenta cómo el hecho los unió a todos en apretado abrazo, y así surge el mandato de la madre:

«Tú tienes que escribir la historia de la familia».<sup>13</sup> Este episodio es descrito en el capítulo VII de la novela:

*Las losas eran para los cuatro jugadores de yaquis un cristal oscilante, que se rompía silenciosamente, se unía sin perder su temblor, daba paso a fragmentos de telas militares, precisaba rípidos tachonazos, botones recién lustrados. Desaparecían esos fragmentos, pero instantáneamente reaparecían, unidos a nuevos y mayores pedazos, los botones iban adquiriendo sus series. El cuello de la guerrera se iba almidonando con más precisión y fijeza, esperaba el rostro que lo completaría. Rialta, tranquilamente alucinada, iba aumentando en la progresión de los yaquis, se iba acercando al número doce, como quien adormecida sube una escalera, llevando un vaso de agua con tal seguridad que sus aguas permanecen inmóviles. El contorno del círculo se iba endureciendo, hasta parecer de un metal que se tornaba incandescente. De pronto, en una fulguración, como si una nube se rompiera para dar paso a una nueva visión, apareció en las losas apesadas por el círculo, la guerrera completa del Coronel, de un amarillo como oscurecido, aunque iba ascendiendo en su nitidez, los botones, aun los de los cuatro bolsillos, más brillantes que su cobrizo habitual. Y sobre el cuello endurecido, el rostro del ausente, tal vez sonriéndose dentro de su lejanía, como si le alegrase, en un indescifrable contento que no podía ser compartido, ver a su esposa y a sus hijos dentro de aquel círculo que los unía en un espacio y en un tiempo coincidentes para su mirada (...)*<sup>14</sup>

Testimonios de personas que estuvieron cerca de Lezama señalan el amor que él y su madre se profesaban. Ellos siempre vivieron juntos, y, en muy pocas ocasiones, se separaron, como cuando el escritor acudió en octubre de 1956 a ocupar la cátedra de Literatura francesa en Santa Clara. Esta brevísima separación dejó afligida a Rosa, quien recupera la alegría al regresar su hijo. Tiempo antes, éste había realizado un viaje a México (1949), y otro a Jamaica (1950), breves travesías que causaron fuertes impresiones en su sensibilidad poética. De su paso por la isla caribeña, atestigua su extenso poema *Para llegar a Montego Bay*. Entretanto, el corto periplo por las ciudades de Cuernavaca, Puebla y Taxco sirvió para que, más tarde, estructurara la serie de ensayos que conforman su libro *La expresión americana*. Fue tan considerable su admiración por la cultura, el paisaje y la arquitectura del país azteca, que sintió la necesidad de contarle a su madre la nueva experiencia, en carta fechada el 18 de octubre. En ella no deja de expresar lo mucho que la recuerda.

Según Lezama confiesa, todo lo escrito por él fue dedicado a su madre. Su temor a perderla subyace en el pasaje donde José Cemí es enterado de la enfermedad que padece Rialta y teme por su vida. Así la muerte de Rosa fue presentida por el poeta, meses antes de que ocurriera. Ella enferma y es recluida en una clínica. Fueron días de espera angustiada, en los cuales no se apartó de su lado. Su deceso se produjo el 12 de septiembre de 1964; el hijo quedó en el más completo desamparo. «Cuando se muere la madre, se rompe la cuerda más alegre del corazón».<sup>15</sup>

Lezama no volverá a usar el cuarto escritorio. Se traslada a escribir a la pequeña sala frente a los retratos de los padres, pues ya no se sentía cómodo en el sitio habitual. Éste se convirtió en lugar triste y oscuro. Desde entonces intuyó la presencia invisible de su madre; a ella dedicó expresamente poemas que abarcan recuerdos de su niñez, adorables vivencias que compartieron. Son versos en los cuales la trae de vuelta a la vida, como en el texto *La madre*.

Sobre este poema el escritor aseveró: «Es la alusión a la madre. Una constante, la madre. Yo estaba atravesando entonces unos momentos de gran desolación. Mi madre hacía pocos meses que había muerto y, en el recuerdo, en la evocación, escribí ese poema. Refleja posiblemente el momento más angustiante de mi vida. Es una escena familiar... Ese cangrejito... Sí. Porque, cuando yo iba a la playa, me gustaban mucho esos cangrejos chiquitos, que se duermen en la orilla del mar, y mi madre, en un pañuelo, me traía cuatro o cinco, y a mí me agradaba mucho. Por eso, cuando la evoqué de nuevo —y toda evocación es propicia a los momentos infantiles—, inmediatamente recordé su bondad al acercarse con algo que ella sabía me resultaba gracioso, me era favorable, ¿no? y luego viene “o lo profundizaba en una harina caliente”... Comernos la harina casera, muy sabrosa, con cangrejos dentro. Es que también se veía muy bonito en la harina, en el dorado de la harina, el caparazón nadante, ¿no?».<sup>16</sup>

Fue Rosa Lima mujer fina y sensible que supo afrontar todas las dificultades que la vida le deparó. Su infinito amor materno quedó grabado en la dedicatoria de la fotografía que le regalara en 1962 y que actualmente se conserva en la casa museo: «Para mi hijo Joséito, que me acompañó toda mi vida, con el eterno cariño de su madre».

La muerte de Rosa en 1964, una mujer ayudará a Lezama a rehacer su vida. Su nombre: María Luisa Bautista Treviño, profesora de Literatura, quien era amiga de Eloísa, hermana del poeta, y visitaba frecuentemente a la familia. Juntas habían estudiado la carrera de Filosofía y Letras.

La formalización del matrimonio con el escritor se realizó el 5 de diciembre de ese mismo año en la

notaría de Octavio Smith. Posteriormente el casamiento fue consagrado en una sencilla ceremonia oficiada por el padre Ángel Gaztelu en la iglesia del Espíritu Santo, ante la presencia de Alejo Carpentier, Agustín Pí, Mario Parajón, Cintio Vitier y Fina García Marruz, madrina de la boda, entre otros.

María Luisa se convierte en apoyo imprescindible para Lezama. Con diligencia atiende las visitas que recibe el poeta. Gusta de ofrecer té o café en finísimas tazas de porcelana. Reynaldo González la describe como mujer «aquiescente y serena, preocupada, reservada, un poco guarda de cuerpo».<sup>17</sup>

A instancias de María Luisa, Lezama retomó la escritura de *Paradiso*. No se debe soslayar su labor junto al poeta: ella mecanografiaba los manuscritos y hacía tres copias de cada texto, las cuales guardaba en una carpeta. Perseveró, además, en organizar la biblioteca del esposo, pues los miles de libros que la componían estaban diseminados por toda la casa. En esta ingente tarea la ayudaría Roberto Pérez León,<sup>18</sup> quien la comenzó, pero no pudo concluir, debido al fallecimiento de María Luisa, el 20 de febrero de 1981.

La mujer que fuera de extraordinario sostén para el escritor, mantuvo un interesante intercambio epistolar con María Zambrano, la cual había conocido a Lezama en la cena de bienvenida que la intelectualidad cubana le ofreciera al pasar por La Habana en octubre de 1936, con destino a Santiago de Chile, junto a su esposo, el diplomático Alfonso Rodríguez Aldave.

En la distancia siente la filósofa española una profunda nostalgia de aquellos encuentros en casa del músico Julián Orbón, de los paseos por la ciudad, del paisaje... Y al enterarse de la muerte de Lezama, le escribe el 19 de septiembre de 1976 a María Luisa, de quien ya tenía referencias: «No tema que vaya a aventurarme en ofrecerle palabras de consuelo, las necesitaría también yo»,<sup>19</sup> y acto seguido le brinda su sincera amistad: «Quisiera que me considerase Ud. amiga suya. Él en todas sus cartas se refería a Ud. y a menudo hablaba en plural. Y aun con mayor precisión le diría: siéntame en el campo de la hermandad. Disponga pues, de mí para todo aquello en que pueda servirla».<sup>20</sup>

El 14 de octubre, María Luisa le responde desde su casa de Trocadero 162: «Cómo no considerarla mi amiga, si fue Ud. tan entrañablemente amiga de él y una de las grandes —y pocas— alegrías que tuvo en los últimos años, eran sus maravillosas cartas tan admirables y esperadas. Por las mañanas, cuando yo venía a la sala y veía que el cartero las había echado por debajo de la puerta, iba corriendo con ella a su cama y a veces lo despertaba para darle la buena nueva, pues sabía que ese era para él un día de fiesta. ¡Que Dios la bendiga por todo esto!».<sup>21</sup>

María Luisa se entregó por entero a ordenar los manuscritos inéditos del esposo. A ella se debe el cotejo





Junto a su esposa María Luisa Bautista Treviño en la sala de su casa, en la década de 1970.

de los originales de *Oppiano Licario* y *Fragmentos a su imán*, publicados en 1977. Un ejemplar de cada título será enviado a la filósofa y al poeta gallego José Ángel Valente, amigo de María Zambrano y de Lezama.

Por la autora de *La Cuba secreta* conoce María Luisa del homenaje que se le hace al escritor en Europa con la edición de sus textos, labor en la que colaboró Zambrano, que persistía en dar a conocer la obra poética del creador de *Paradiso*. También es informada María Luisa sobre la posible publicación del epistolario de Lezama con Valente y la intelectual malagueña, proyecto que no llegó a concretarse en un libro. No obstante, varias cartas fueron dadas a conocer en publicaciones periódicas de carácter literario.

Por correo estas mujeres intercambiaron fotografías, libros... En misiva del 28 de noviembre de 1977, a petición de Zambrano, María Luisa adjunta los salmos preferidos del poeta (23 y 91), que en la noche leían juntos. Un disco que comprende una lectura de poesía en la voz de Lezama es enviado también.<sup>22</sup> Distanciadas geográficamente, ellas llegan a hermanarse a través de la relación epistolar, cada vez más necesaria. En una ocasión, cambia el tratamiento de Zambrano hacia María Luisa, notándose cómo la relación se hace mucho más cercana, aunque por fuerza de la costumbre, en mensajes posteriores, vuelva a adoptar un modo más respetuoso:

«Me está saliendo el llamarte de tú en las conversaciones que mentalmente mantengo contigo desde hace algún tiempo, al no poder escribirte, te hablo. Con Lezama durante algún tiempo nos hablamos de tú y luego volvimos al usted. Ello tiene su causa recóndita muy sutil y no hay que analizar».<sup>23</sup> A lo que María Luisa responde con una pregunta: «Me encanta que me llame de tú, ¿por qué había de ser de otro modo?».<sup>24</sup>

Ya sea desde Francia o Ginebra, siempre una muestra de cariño llegó a la cubana, a pesar de la irregulari-

## «Mi esposa María Luisa

*En la azotea conversable,  
con riesgo de tu vida,  
lees la Biblia.  
Era toda su casa  
que ahora tropieza con el humo.  
Lees la Biblia  
donde una hoja  
traspasa el agua  
y las generaciones.  
Lees con temblor,  
recordando los hermanos  
muertos, el Salmo 23.  
Tu madre se lo leía  
al hijo que se va a morir.*

dad del correo; y ésta lo agradece: «Ud. no es capaz de imaginarse cómo las cartas de Ud. me alivian, querida María; siento como si Ud. tuviera un don, una gracia, un conocimiento de lo invisible que a la mayor parte de los demás mortales no nos fue dado y yo creo que Lezama también lo tenía».<sup>25</sup>

Por su parte, Zambrano reconoce continuar unida en la amistad con el poeta gracias a la esposa: «Con la simplicidad propia de las criaturas predestinadas, ha sido su ala y su columna; su claridad, su certeza. Y por Ud. nuestra amistad sigue siendo real (...)».<sup>26</sup>

En la carta del 8 de septiembre de 1979 asoma el lado pícaro de María Luisa Bautista: «le digo también a Valente que había una caja de bombones que no tenía el nombre de la persona a quien iba dirigida y por las dudas yo di cuenta de ella. Si cometí un pecado, perdóneme, pero la tentación pudo más y estaban exquisitos».<sup>27</sup> María Zambrano contesta a los pocos días con tono maternal y guiño risueño: «La cajita de bombones que según dice a Valente llegó sin destinatario era para usted María Luisa, de mí. La carta se separó de la cajita. Cómo me gusta que le gustaran los bomboncitos».<sup>28</sup>

El diálogo epistolar entre estas mujeres representó un alivio espiritual para ambas. Las cartas delatan verdadero regocijo por tener la oportunidad de escribir y relatar sus vivencias. Reflejan a dos personas abatidas por la soledad y el dolor debido a la pérdida de sus seres queridos; en ese panorama de desconsuelo logran reconfortarse mutuamente valiéndose de la palabra más oportuna.

María Luisa Bautista nunca se adaptó a la ausencia de Lezama. Sus cartas hablan del vacío y la desesperación. María Zambrano, por su parte, también se resistió a creer en la partida de su apreciado amigo.

Legitimando la permanencia de Lezama durante 47 años en Trocadero 162, la placa de bronce que actual-

*La hija se lo lee  
a la madre a la hora  
de la paz de Dios.  
Eres la hermana que se fue,  
la madre que se durmió  
en una nube frente a la ventana.  
Las cuatro, a mi lado,  
me levantan todos los días  
para fortalecer la mañana  
y comenzar el hilo de la imagen.  
Lenta, con dignidad silenciosa,  
rompes la silla de los escarnekedores.  
Cuando sacudes las almohadas  
llenas de plumas de ángeles,  
recuerdo en lontananza y repito  
con precisión: en delicados  
pastos me hará yacer.*

*Cuando la muerte sopla la puerta  
de entrada, en la muralla momentánea,  
traes la vara y el cayado.  
Así mido la nueva extensión,  
allí hay que caminar como un ciego.  
Con el cayado sorprendo  
la altura de la marea desconocida  
y palpo la esponja de entresueño  
para volver a la tierra.  
Contigo la muerte fue anterior  
y efímera y la vida prevalece  
por amor de su nombre.*

Enero y 1972

mente muestra la fachada de esa vivienda fue regalada por los amigos del poeta a María Luisa, quien tuvo la intención de conservar dicho lugar. En carta dirigida a Zambrano, ella refiere: «Tengo días muy malos, aunque no disfruto de ningún ocio. Ahora estoy tratando de arreglarle la casa y ver si se puede reconstruir como él la tenía, sobre todo sus libros y cuadros que tanto él amó, a semejanza de lo que hacen en Europa con la casa de los escritores y poetas».<sup>29</sup>

De cierto modo se avizora la idea, que le fuera comunicada al escritor, sobre la posibilidad futura de crear un museo que perpetuara su presencia en la citada casa. Algunos años más tendrían que transcurrir para que este anhelo fuera cumplido. Sobre el asunto, Lezama ya había expresado su agrado: «esta sala y esta penumbra fueron las cobijas de mis páginas. ¿Tendrá algún valor museable desde ya esta casa de Trocadero 162? Si se cumple que lo sea, yo habré tenido el privilegio de escribir en mi propia casa y en el museo que me legarán la nación y los compatriotas. Es como vivir en una catedral del futuro (...)».<sup>30</sup>

De vuelta a las páginas de *Paradiso*, la atención se centra en Violante y Eloísa, hermanas de José Cemí. Ellas aluden a las verdaderas hermanas del poeta: Rosa y Eloísa. El nombre de la primera hace pensar en Violante de Aragón, hija de Jaime I y esposa de Alfonso X, El Sabio. Violante protagonizará en la novela una escena significativa, junto a su padre, el Coronel.

El nombre Eloísa recuerda una historia de amor acaecida en la Edad Media. En el siglo XII, el célebre teólogo francés Pedro Abelardo se convirtió en tutor de Eloísa, sobrina de Fulbert, quien era canónigo de Notre Dame en París. Ambos se enamoran y casan en secreto. El matrimonio enfurece a Fulbert y éste decide la separación de los amantes. Eloísa entra a una or-

den de religiosas y Abelardo se refugia en la abadía de Saint-Denis. Desde entonces mantuvieron una relación a través de cartas, las cuales son apreciadas como verdaderos clásicos de la literatura romántica. Coincidentemente Lezama conservó el nombre de esta hermana, con la cual mantendrá sólida correspondencia.

En 1961 Rosa y Eloísa Lezama Lima<sup>31</sup> abandonan el país. Este hecho dejó desolado al escritor, pues siempre consideró esta salida como algo absurdo e inexplicable. En la relación epistolar iniciada con Eloísa le sugiere determinados sitios culturales que debe visitar en New York, y ofrece indicaciones para la traducción inglesa de *Paradiso*. Por sus cartas conocemos de su alegría por las múltiples ediciones de la obra, su estado de salud, pormenores de la enfermedad y fallecimiento de la madre: «Estuvimos en la clínica 9 días, los más sombríos e inolvidables de mi vida. Durante esos días, nos acompañaron todos los amigos de la familia y el comportamiento de mis amigos fue maravilloso».<sup>32</sup> Para luego agregar: «su constante preocupación final fue la ausencia de ustedes, y lo solo que yo me quedaba, lo cual será una verdad eterna, mis hermanas, hasta que me muera, me quedo en una soledad desesperada hasta que, si Dios quiere, las vuelva a ver pronto».<sup>33</sup>

Este anhelo de Lezama nunca se cumplió; el poeta muere el 9 de agosto de 1976 sin haber visto a sus hermanas. Rosa Lezama Lima había fallecido cuatro años antes, lo cual le había causado hondísimo pesar. Cada carta dirigida a ellas es constancia de la necesidad de afecto familiar y comunicación. Dan a conocer, además, el cariño que sentía el escritor hacia sus hermanas, evidente en el tratamiento cálido que les dispensa: Eloy, Rosita.

Un par de zapatos enviados como regalo de Navidad desata en Lezama un torrente de recuerdos sobre su infancia y los años transcurridos en la casona de Prado 9. Escribe un poema sumamente emotivo,



titulado *Para mis dos hermanas que me regalaron un par de zapatos*. Con nostalgia rememora un período alegre, de convite y unión familiar. También regresa el recuerdo del padre.

Un exquisito almuerzo dominical preparado por Rosita y una celebración en 1957 por el Día de San José, que unió, como era habitual, a los tres hermanos junto a la madre, fueron reseñados por Lezama en su diario. La inconformidad de Rosita con la presentación de un plato y la promesa de Eloísa de que la fiesta sería mejor el año venidero, cierran la feliz jornada del 19 de marzo. Lezama reconoció experimentar inmensa alegría por presenciar la comunión de todos los elementos que formaban parte de su mundo más cercano.

Otro personaje que conserva su nombre en la novela es la tía Leticia, hermana de Rialta. Está caracterizada como histérica, autoritaria, desdeñosa..., aunque en determinado momento ofrece muestras de cariño. Es la hija que vive lejos de la familia. Casada con el doctor Santurce y madre de dos hijos, suele venir desde Santa Clara, acompañada de muchísimas maletas y baúles, para visitar a doña Augusta en la casa de Prado.

De indiscutible importancia en *Paradiso* es doña Augusta, personaje singularísimo inspirado en Celia Rosado, abuela materna de Lezama. Es mujer majestuosa que se deleita cuando cita frases de la mitología, y salpica con símiles y refranes la conversación. Como si estuviera sentada en un trono, ordena con refinamiento. Por el nombre adjudicado a este personaje y su actitud de «altivez romana», queda asociado con Augusto, primer emperador de Roma, quien estableciera un gobierno eficaz y estable.

Vela doña Augusta afanosamente por la quietud del hogar. Es amante de adquirir y coleccionar curiosos objetos de diversas culturas, que luego muestra satisfecha a la familia. Quizás la sensibilidad de Lezama hacia esas cosas y el placer por coleccionar piezas decorativas se debió a su abuela. Disímiles objetos como ceniceros, esculturas, cofres... formaron parte del ámbito familiar del escritor. Son piezas que, bien recibió como presentes, las obtuvo por herencia o fueron compradas por él en tiendas de anticuarios. Creó también Lezama una valiosísima colección de libros y obras pictóricas, en la que destacan importantes nombres de pintores de la vanguardia plástica cubana.

En el capítulo VI, el narrador presenta a una orgullosa doña Augusta mostrando tres piezas que acababa de comprar: un cofre alemán, una mayólica que representa a una limosnera argelina junto a su hija y una figura de biscuit. Su satisfacción es manifiesta cuando presenta este último y señala la firma que ostenta como garantía de autenticidad y valor.

Como gran repostera que se considera a sí misma, Doña Augusta moviliza a toda la familia en su afán por

hacer una natilla. Para ello comprueba exhaustivamente la autenticidad de los ingredientes empleados y emite órdenes que son cumplidas de inmediato, incluso por el Coronel. Concluida la elaboración del dulce, su orgullo se acrecienta y, ante los elogios de la familia, queda inmutable. Es un personaje apegado a la tradición, a costumbres de antaño, y para ella la elaboración del postre se convierte en esmerado ritual. Las acciones que emprende son importantes para lograr una natilla, *no como las que se comen hoy, que parecen de fonda, sino las que tienen algo de flan, algo de pudín*.<sup>34</sup>

Vuelve a señorear doña Augusta en las páginas de *Paradiso* cuando ofrece una opípara cena a la familia, referida en el capítulo VII. A través del lenguaje lezamiano, dicha cena alcanza su máximo esplendor:

*Hizo su entrada el segundo plato en un pulverizado soufflé de mariscos, ornado en la superficie por una cuadrilla de langostinos, dispuestos en coro, unidos por pareja, distribuyendo sus pinzas el humo brotante de la masa apretada como un coral blanco (...) Formaba parte también del soufflé el pescado llamado emperador, que doña Augusta sólo empleaba en el cansancio del pargo, cuya masa se había extraído primero por círculos y después por hebras; langostas que mostraban el asombro cárdeno (...) Presentó en las copas de champagne la más deliciosa crema helada. Después que la familia mostró su más rendido acatamiento al postre sorpresivo, doña Augusta regaló la receta:*

*—Son las cosas sencillas —dijo—, que podemos hacer en la cocina cubana, la repostería más fácil, y que enseguida el paladar declara incomparables.*<sup>35</sup>

La abuela materna del escritor es descrita como anciana venerable y sagrada, en perfecta armonía con su nombre. En la escena aludida distribuye a la familia en los asientos y preside la mesa. Sus acciones adquieren una connotación sublime. Visualizamos el orden en que son llevados los alimentos a la mesa, la forma delicada en que se sirven, la vajilla utilizada. Una intensa riqueza sensorial subraya dicha cena, pues diferentes colores y sabores confluyen en ella. Son presentados variados platos pertenecientes a la cocina cubana, y otros, a la cocina internacional, los cuales traslucen un auténtico proceso de transculturación.

El mestizaje étnico y cultural distintivo de lo cubano queda claramente evidenciado en otros personajes femeninos de la obra, como Truni y Chacha. Con énfasis, el narrador subraya también la identificación con lo criollo en personajes como Mamita y la vieja Mela.

Mamita, delicada, bondadosa y tierna, es de origen espirituario, conserje de la escuela del camp-



Lezama Lima conduciendo a su hermana Eloísa al altar, en la iglesia de Monserrate, en 1937.

## Eloísa Lezama Lima

*Una sonrisa que no termina.  
Una sonrisa que sabe terminar admirablemente.  
La sonrisa se agranda como la noche  
y los ojos se reducen a una pequeña piedra  
escondida. Calidad de un mineral  
que se guarda en un paño de aceite  
milenario: Saber reírse y dar la mano.  
Las pausas y los hallazgos de la risa  
transcurren con la sencillez de una silla pompeyana.  
La mano ofrece la brevedad del rocío  
y el rocío queda como la arena tibia del recuerdo.  
Ofrecerá así siempre la sencillez compleja de la risa  
y el acuoso laberinto de su mano en el sueño.*

mento militar y ha criado a tres nietos. Es «la abuela» y sugiere aguda intuición y amplia sabiduría. Demuestra fidelidad y agradecimiento al Coronel, a quien considera un dios.

Lezama destaca de forma muy singular la participación de la mujer en la lucha por la independencia de Cuba a través de Mela, nonagenaria que vive aún en el pasado y rememora pasajes de la guerra mediante himnos y cantos heroicos. El poeta hace un homenaje a aquellas féminas que fueron a la manigua para luchar por la soberanía de su país. La remembranza del exilio y la actitud tenaz de este personaje recuerda más la generación de Brunhilda que la de Penélope, evoca a las Amazonas que perseguían a los guerreros hasta hacerlos desfallecer.<sup>36</sup>

En una escena del capítulo XIII, José Cemí visita a Chacha, una señora espiritista, con el propósito de indagar por un amigo pintor ya fallecido. Estamos ante una mujer sabia y madura, perteneciente a la clase más humilde, poseedora de un don que le permite comunicarse con el mundo esotérico. La escena en cuestión, sirve para explorar en nuestra idiosincrasia:

*En la calle General Lee vivía la espiritista mestiza, con ese rostro sabio y bondadoso adquirido por nuestras cuarteronas, donde la pobreza, la magia, la desigualdad anárquica de la familia, las recetas de plantas curativas, los maleficios, la cábala onírica, la pobreza arrinconada y sin salida, la esquina de parla municipal y cominera, el diálogo último, para desesperación conversacional y fatalista, con los ídolos, han dejado tan penetrantes surcos. El rostro de la mujer cubana, blanca o mestiza, al llegar a sus sesenta años, cobra como un blanco enigma de bondad.<sup>37</sup>*

Casi aparejado al tema del mestizaje, es tratado en *Paradiso* el tópico de la sexualidad femenina, el cual se evidencia explícitamente en el polémico capítulo VIII, donde se describen tres relaciones heterosexuales (además de dos homosexuales).

El primer acto se produce entre Farraluque y la joven cocinera del director de la escuela, quien finge estar dormida. La segunda relación heterosexual ocurre con la criadita española, coqueta y zalamera, la cual *cuidaba teológicamente su virginidad, pero se desprecupaba en cuanto a la doncellez, a la restante integridad de su cuerpo*.<sup>38</sup> Y el tercer acto, con la esposa del director, mujer madura que, insatisfecha con el marido, desea desesperadamente saciarse con el adolescente.

Luba Viole, Roxana, Lupita, Lucía... se añaden a esa galería de mujeres que, dentro de *Paradiso*, sirven al autor para hiperbolizar el amor físico. Y es que para Lezama Lima, «todo lo que haga el cuerpo es como tocar un misterio, superior a cualquier maniqueísmo modulativo, pues es absolutamente imposible descubrir nuevos vicios y nuevas virtudes, ellas estuvieron desde el inicio y estarán en las postrimerías (...)».<sup>39</sup>

Las mujeres de *Paradiso* tributan a un personaje femenino que en la obra solamente es presentado, pues alcanzará un mayor realce en su otra novela: *Oppiano Licario*, obra póstuma e inconclusa.

En el capítulo XIV que marca el final de la primera de esas obras, Cemí se adentra en la noche por diferentes calles, precisamente en busca de Oppiano Licario, quien yace muerto. Ante sus ojos surge una casa de tres pisos espléndidamente iluminada. Luego continúa hacia un parque de diversiones en el que un tiiovivo deja escapar una musiquilla eterna, hasta llegar a un bosque donde *su estado de alucinación mantenía en pie todas las posibilidades de la imagen*.<sup>40</sup>



Al llegar al sitio donde se halla Oppiano, Cemí es recibido por la hermana de su preceptor:

*Trigueña, pálida, con ojos azules que parecían una balanza que soportase un peso desconocido, tal vez un pez entrevisto entre el claroscuro de su plata y la noche posada en el árbol de coral. Su piel, extremadamente pulimentada, mostraba el contrapunto de sus poros, hecha invisible la entrada y salida de la aguja que había elaborado esa malla. Su piel era la defensa de su intelligere, su órgano de visión, penetración y rechazo. Desde el aire hasta la mano que ceñía su mano, daban una excusa o se justificaban en su piel. Su nombre era Ynaca Eco Licario, le decían sus familiares, Ecobé, mostraba, como su hermano, una total confianza religiosa en sí misma y ese sí mismo estaba formado por dos líneas que se interceptaban en un punto. Y ese punto era el encuentro entre su azar y su destino. Su misterio estaba en que a veces su piel temblaba, sin saber quién dictaba ese temblor.<sup>41</sup>*

Eloísa Lezama Lima afirmaba: «Ynaca Eco Licario es una mujer enigmática, tal vez una sacerdotisa, simbiosis de las mujeres que estuvieron cerca de la vida de mi hermano. Es un ejemplar soñado, perfecto, novelable y novelado, creado para el texto, de una realidad irreal».<sup>42</sup>

<sup>1</sup>Recopilación de textos sobre José Lezama Lima. Serie Valoración Múltiple, Casa de las Américas, La Habana, 1970, p. 15.

<sup>2</sup>José Lezama Lima: *Diarios*. Ediciones Unión, La Habana, 2001, p. 133.

<sup>3</sup>José Lezama Lima: *Paradiso*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1991, p. 3.

<sup>4,5,6,7</sup>Ibídem, pp. 8, 10, 10 y 148, respectivamente.

<sup>8</sup>Félix Guerra: *Para leer debajo un sicomoro*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1998, p. 130.

<sup>9</sup>Carlos Espinosa: *Cercanía de Lezama Lima*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986, p. 283.

<sup>10</sup>José Lezama Lima: *Diarios*, op. cit., p. 141.

<sup>11</sup>José Lezama Lima: *Paradiso*, op. cit., p. 264.

<sup>12</sup>Ibídem, p. 264.

<sup>13</sup>José Lezama Lima: *Diarios*, op. cit., p. 124.

<sup>14</sup>José Lezama Lima: *Paradiso*, op. cit., p. 185.

<sup>15</sup>Carlos Espinosa: op. cit., p. 196.

<sup>16</sup>Reynaldo González: *Lezama Lima: el ingenuo culpable*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994, p. 127.

<sup>17</sup>Ibídem, p. 113.

<sup>18</sup>Testimonio de Roberto Pérez León en *Cercanía*, op. cit., p. 295.

<sup>19</sup>Javier Fornieles: *Correspondencia José Lezama Lima-María Zambrano; María Zambrano-María Luisa Bautista*. Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, 2006, p. 209.

<sup>20,21</sup>Ibídem, pp. 210 y 212, respectivamente.

<sup>22</sup>El disco pertenece a la Colección «Palabras de esta América». Casa de las Américas, La Habana, 1978.

<sup>23,24,25,26,27,28,29</sup>Javier Fornieles: Ob. cit. (pp. 241, 248, 261, 218, 25, 258 y 217, en ese orden).

<sup>30</sup>Félix Guerra: op. cit., p. 107.

## La mujer y la casa

*Hervías la leche  
y seguías las aromosas costumbres del café.  
Recorrías la casa  
con una medida sin desperdicios.  
Cada minucia un sacramento,  
como una ofrenda al peso de la noche.  
Todas tus horas están justificadas  
al pasar del comedor a la sala,  
donde están los retratos  
que gustan de tus comentarios.  
Fijas la ley de todos los días  
y el ave dominical se entreabre  
con los colores del fuego  
y las espumas del puchero.  
Cuando se rompe un vaso,  
es tu risa la que tintinea.  
El centro de la casa  
vuela como el punto en la línea.  
En tus pesadillas  
llueve interminablemente  
sobre la colección de matas  
enanas y el flamboyán subterráneo.  
Si te atolondraras,  
el firmamento roto  
en lanzas de mármol,  
se echaría sobre nosotros.*

<sup>31</sup>Rosita y Eloísa Lezama Lima emigraron a Miami en 1961. La primera falleció el 15 de mayo de 1972; mientras que Eloísa murió el 25 de marzo de 2010, a los 91 años de edad. Había residido por varios años en Puerto Rico, donde se desempeñó como profesora en la Universidad de San Juan. Ofreció conferencias y publicó varios libros sobre su hermano.

<sup>32</sup>José Lezama Lima: *Cómo las cartas no llegan...* Ediciones Unión, La Habana, 2000, p. 25.

<sup>33</sup>Ibídem, p. 26.

<sup>34</sup>José Lezama Lima: *Paradiso*, op. cit., p. 13.

<sup>35,36,37,38</sup>Ibídem (pp. 207-211; 131, 479 y 232).

<sup>39</sup>Recopilación, op. cit., p. 24.

<sup>40</sup>José Lezama Lima: *Paradiso*. op. cit., p. 529.

<sup>41</sup>Ibídem, p. 533 y 534.

<sup>42</sup>José Lezama Lima: *Cartas a Eloísa y otra correspondencia*. Editorial Verbum, Madrid, 1998, p. 233.

La filóloga **YAMILÉ LIMONTA JÚSTIZ** es autora del libro *Las mujeres en Lezama (Ediciones Extramuros, La Habana, 2009)*. Aquí se publica la versión de uno de sus ensayos, realizada especialmente para Opus Habana.

# LA CASA DE JOSÉ LEZAMA LIMA: MONUMENTO NACIONAL

Como colofón de las múltiples actividades dedicadas a homenajear el centenario de José María Andrés Fernando Lezama Lima, conocido sencillamente como José Lezama Lima (La Habana, 19 de diciembre de 1910 - 9 de agosto de 1976), fue declarada Monumento Nacional la casa Trocadero 162, donde el gran escritor viviera desde 1929 hasta su muerte.



## HONRANDO AL AUTOR DE *PARADISO*

Instituciones y organismos culturales convirtieron el año en que este escritor cumpliría un siglo de vida en una extensa jornada de celebraciones e iniciativas editoriales.

Visitar las seis salas de esta casa puede ser la oportunidad única de entrar al mundo lezamiano por una senda privilegiada. Fundada como museo el 30 de junio de 1994, actualmente conserva parte importante del patrimonio lezamiano: libros, documentos, otros objetos personales y familiares.

Sobresale la colección de artes plásticas reunida por él entre 1929 y 1976, que cuenta con piezas únicas de maestros de la vanguardia pictórica cubana como Arístides Fernández, Víctor Manuel, Jorge Arche, Mario Carreño, Mariano Rodríguez..., junto a algunos artistas extranjeros, entre los que destaca el español Antonio Saura.

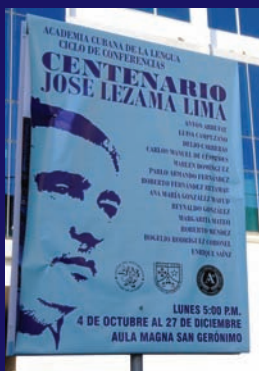
Con puerta a la calle, la vivienda de Lezama Lima se encuentra en la planta baja de un edificio de tres plantas, mandado a construir por Blanca Maruri de Hornedo en 1929 bajo la dirección facultativa del arquitecto Emilio Juncosa. Es una construcción ecléctica habitacional que exhibe el repertorio decorativo empleado en muchos de los edificios habaneros de la época. El inmueble se habilitó en los antiguos números 20 y 22, actuales 160 y 162, cada uno con entrada independiente, patio interior y la misma estructura espacial.

Trocadero 162, bajos, se usó como vivienda hasta la muerte de la viuda de Lezama en 1981. Luego de un breve período en que radicó allí la biblioteca José Lezama Lima, cerró sus puertas nuevamente hasta la apertura del museo. Desde entonces la institución mantiene viva la memoria del poeta a través de un amplio programa cultural que incluye charlas, conferencias, exposiciones transitorias, visitas guiadas, además de otras propuestas de interés.

**Coloquio internacional «A partir de la poesía: la era de Lezama»:** Convocado por el Instituto de Literatura y Lingüística (ILL) y la Casa-Museo José Lezama Lima, sesionó del 1 al 4 de noviembre. Incluyó la develación de una tarja que recordó el paso del escritor por el ILL y la peregrinación a su tumba en el Cementerio de Colón, donde se colocó una nueva inscripción sobre la lápida.



**Medalla conmemorativa «Centenario de José Lezama Lima»:** Fue otorgada a Fina García Marruz (en la foto con el Ministro de Cultura, Abel Prieto), Roberto Fernández Retamar, César López, Pablo Armando Fernández, Reynaldo González, Guillermo Fernando López (Chinolope) y Alicia Alonso, así como al académico francés Alain Sicard, de la Universidad de Poitiers; al ensayista y poeta peruano Julio Ortega, y a la narradora Margarita Junco Fasolari.



**Ciclo de conferencias «Centenario de José Lezama Lima»:** Auspiciado por la Academia Cubana de la Lengua, tuvo lugar entre los meses de octubre y diciembre en el Aula Magna del Colegio Universitario de San Gerónimo de La Habana. Dictaron conferencias Roberto Fernández Retamar, Rogelio Rodríguez Coronel, Luisa Campuzano, Roberto Méndez, Delio Carreras, Margarita Mateo, Pablo Armando Fernández, Enrique Saínz, Reynaldo González, Mons. Carlos Manuel de Céspedes, Marlen Domínguez, Ana María González Mafud, Antón Arrufat y Eusebio Leal Spengler.

**Obras Completas:** A cargo de la Editorial Letras Cubanas, constituye un esfuerzo editorial sin precedentes que pretende abarcar toda la producción del autor de *Paradiso*, incluida su novela inconclusa *Oppiano Licario*.

**Gala-homenaje del Ballet Nacional de Cuba:** Durante el XXII Festival Internacional de Ballet fueron presentados dos estrenos mundiales de la *Prima Ballerina Assoluta* en honor a Lezama Lima, uno de ellos inspirado en su poema *Muerte de Narciso*.